Donde
siempre
estuviste
A VECES, EL AMOR LLEGA TARDE.
OTRAS VECES, NUNCA.

Donde siempre estuviste

A VECES, EL AMOR LLEGA TARDE.

OTRAS VECES, NUNCA.

Donde siempre estuviste

A quienes llegan sin aviso y se quedan para siempre,

aunque el tiempo diga lo contrario.

Y, sobre todo,

a quien inspiró estas páginas…

sin siquiera saberlo.

PRÓLOGO

Este libro no nace de una sola historia, sino de muchos momentos que, sin buscarlo, se quedaron. De conversaciones que parecían simples, pero dejaron huella, de silencios que dijeron más de lo que cualquier palabra podría explicar y de personas que, aun sin saberlo, se volvieron parte de algo más grande.

Aquí no hay certezas absolutas, solo emociones que encontraron un lugar donde quedarse, porque a veces no se trata de entender todo, sino de sentirlo. Este es un espacio para recordar, para cuestionar y, sobre todo, para reconocer aquello que alguna vez fue importante.

Tal vez, en estas páginas, encuentres algo que también sea tuyo.

INDICE

PRÓLOGO 7
CAPITULO 1 11
Donde empezó todo 11
CAPÍTULO 2 17
Lo que nunca dije 17
Capítulo 3 23
El (Leo) 23

CAPÍTULO 4 29
Siempre estoy 29
CAPÍTULO 5 37
Lo que eliges no ver 37
Capítulo 6 45
Cuando duele de verdad 45
Capítulo 7 53
Casi 53
CAPÍTULO 8 61
Lo que nunca fui 61
CAPÍTULO 9 69
Demasiado tarde 69
CAPÍTULO 10 79
Donde siempre estuviste 79
EPÍLOGO 89
Lo que aprendí de quedarme 89

CAPÍTULO 1

Donde empezó todo

La primera vez que Mateo vio a Lara, ella estaba peleando con el viento.

No con alguien. No con un niño. Con el viento.

Tenía el cabello desordenado, pegado a la cara, y trataba de sostener un dibujo que insistía en escaparse de sus manos. Mateo la miró desde el columpio, con los pies arrastrando la tierra, preguntándose por qué alguien se enojaría con algo que no se podía ver.

—Es que no se queda quieto —dijo ella, como si él hubiera hecho la pregunta en voz alta.

Mateo frunció el ceño.

—El viento no tiene que quedarse quieto.

Lara lo miró como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—Pues debería. Arruina todo.

Mateo se bajó del columpio y caminó hasta ella. Sin pedir permiso, tomó una de las esquinas del papel.

—Así no se vuela.

Lara dudó un segundo… pero no soltó el dibujo.

—¿Y tú cómo sabes?

—Porque yo no dejo que las cosas se vayan —respondió él.

Ella lo observó en silencio, como si intentara decidir si creerle o no.

Al final, sonrió.

Y ese fue el principio de todo.

A partir de ese día, Lara dejó de pelear con el viento… al menos cuando Mateo estaba cerca.

Se sentaban en la misma banca del parque todas las tardes. Ella dibujaba. Él miraba. A veces hablaban. A veces no. Pero nunca se

sentía incómodo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mateo una vez, señalando uno de los dibujos.

—Soy yo —respondió Lara.

Mateo entrecerró los ojos.

—Pero tiene alas.

—Porque algún día me voy a ir.

Mateo bajó la mirada al dibujo.

—¿A dónde?

Lara se encogió de hombros.

—No sé… pero lejos.

Mateo no dijo nada. Solo apretó un poco más el borde del papel para que no se volara.

Sin saberlo, ya estaba intentando retener algo que siempre quiso ser libre.

Los años pasaron sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Cambió el parque. Cambiaron los juegos. Cambiaron ellos.

Pero no cambió eso.

Esa costumbre de encontrarse sin sentarse juntos sin necesidad de llenar el silencio. De saber, sin preguntar, que el otro iba a estar ahí.

En el colegio, Lara era de las que hablaba con todos. Reía fuerte, se movía rápido, vivía todo como si cada día fuera importante.

Mateo, en cambio, era distinto.

No necesitaba muchas personas. Le bastaba con una.

Y siempre era ella.

—Mateo —dijo Lara un día, tirándose a su lado en el césped—, si algún día me pierdo, ¿me buscarías?

Mateo ni siquiera dudó.

—Sí.

—¿Y si no quieres?

—Igual.

Lara sonrió, mirando el cielo.

—Entonces nunca voy a estar realmente sola, ¿no?

Mateo la miró.

Quiso decir muchas cosas en ese momento. Quiso explicarle que

no era “nunca sola” … que era con él. Siempre con él.

Pero en lugar de eso, solo dijo:

—No.

Fue también en esos años cuando Mateo empezó a notar cosas que antes no existían.

La forma en que Lara se recogía el cabello. La forma en que se reía y luego escondía la cara. La forma en que el mundo parecía girar distinto cuando ella estaba cerca.

No lo entendía del todo.

Solo sabía que, si Lara no iba al parque, el parque ya no era el mismo.

Y que, si Lara no estaba en clase, el día se sentía más largo.

Y que cuando alguien más la hacía reír… había algo incómodo que no sabía nombrar.

Una tarde, mientras el sol se escondía detrás de los árboles, Lara dejó de dibujar.

—Mateo…

—¿Hm?

—¿Tú crees que las personas pueden quedarse para siempre?

Mateo la miró, sin responder de inmediato.

—No lo sé.

—Yo sí quiero —dijo ella en voz baja—. Quiero que algunas personas no se vayan nunca.

Mateo sintió algo extraño en el pecho.

—Entonces no las dejes ir.

Lara negó con la cabeza.

—A veces no depende de uno.

Hubo un silencio.

Uno de esos silencios que ya no eran cómodos… pero tampoco incómodos.

Solo… distintos.

Antes de irse, Lara le entregó el dibujo que había estado haciendo.

Eran dos figuras sentadas bajo un árbol.

Una tenía alas.

La otra no.

—Eres tú —dijo ella, señalando la figura sin alas.

Mateo lo miró.

—¿Y tú?

—Yo soy la que se va.

Mateo frunció el ceño.

—No me gusta ese dibujo.

Lara sonrió con suavidad.

—A mí tampoco… pero es el más real.

Esa noche, Mateo dejó el dibujo sobre su escritorio.

Y por primera vez, sin entender bien por qué, sintió miedo.

No miedo a perder algo.

Sino a que, cuando llegara el momento…él fuera el único que quisiera que nada cambiara.

Ese fue el comienzo de todo.

No del amor.

No todavía.

Pero sí de algo más peligroso:

La costumbre de estar siempre…sin preguntarse qué pasaría cuando uno de los dos dejara de quedarse.

CAPÍTULO 2

Lo que nunca dije

El problema de crecer no es que todo cambie.

Es darte cuenta de lo que siempre estuvo ahí… y nunca supiste nombrar.

Mateo lo entendió un martes cualquiera.

No fue un momento especial. No hubo música. No pasó nada extraordinario.

Solo Lara.

Lara riéndose con la cabeza hacia atrás, en medio del pasillo del colegio, mientras un grupo de personas la rodeaba como si fuera el centro de todo.

Mateo estaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos, mirándola desde lejos.

Y de pronto lo sintió.

Algo incómodo.

Algo que no encajaba.

Algo que no era tristeza… pero tampoco era enojo.

Era otra cosa.

Una sensación silenciosa que le apretó el pecho cuando uno de los chicos del grupo le dijo algo al oído y Lara se rio más fuerte.

Mateo apartó la mirada.

No porque quisiera.

Sino porque no sabía qué hacer con lo que estaba sintiendo.

Esa tarde, como siempre, se encontraron en el parque.

Lara llegó tarde.

—Perdón, perdón —dijo, dejándose caer a su lado—. Me quedé hablando con unos amigos.

Mateo asintió, mirando al frente.

—Está bien.

Pero no lo estaba.

Y por primera vez… no sabía por qué.

—¿Sabes? —dijo Lara, sacando su cuaderno—. Creo que me gusta alguien.

Mateo sintió que el mundo se detenía.

No de golpe.

Más bien lento.

Como si todo se moviera más despacio de lo normal.

—Ah —respondió, intentando sonar neutral—. ¿Sí?

Lara sonrió, sin mirarlo.

—Sí.

Mateo miró el dibujo que ella empezaba a hacer, como si eso pudiera ayudarlo a entender algo.

—¿Quién?

Ella dudó un segundo.

—No sé si decirte.

—Siempre me dices todo.

Lara lo miró, divertida.

—Eso no es verdad.

Mateo no sonrió.

—Casi todo.

Ella suspiró, cerrando el cuaderno sin terminar el dibujo.

—Bueno… se llama Leo.

Ese nombre no significaba nada.

Y aun así… algo en Mateo se tensó.

—Es lindo —continuó Lara—. Y es gracioso. Y… no sé, es distinto.

Mateo tragó saliva.

—¿Distinto cómo?

—No sé —repitió ella, riendo un poco—. Solo… distinto.

Mateo asintió, sin decir nada más.

Porque entendió algo en ese instante.

Algo que no había querido ver antes.

Lara no hablaba así de cualquiera.

El silencio entre ellos se volvió extraño.

No incómodo.

Pero sí lleno de cosas que no se decían.

Mateo quería hacer preguntas.

Quería saber más.

Quería entender por qué ese nombre le molestaba sin razón.

Pero, sobre todo, quería decir algo que llevaba tiempo creciendo sin que él lo notara.

Algo que ahora estaba ahí, claro, imposible de ignorar.

Algo que no podía decir.

—Mateo —dijo Lara de pronto—. ¿Te pasa algo?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Estás raro.

—No estoy raro.

Lara lo miró unos segundos más, como si intentara leerlo.

Pero Mateo siempre había sido bueno escondiendo lo que sentía.

Especialmente cuando ni siquiera él lo entendía del todo.

Esa noche, no pudo dormir.

Dio vueltas en la cama, mirando el techo, con una sensación incómoda que no lo dejaba en paz.

Y entonces, finalmente, lo pensó con claridad.

Sin rodeos.

Sin escapatoria.

Le gustaba Lara.

No como antes. No como siempre.

Diferente.

Más profundo.

Más peligroso.

Se sentó en la cama, pasando una mano por su cara.

—Qué estupidez… —murmuró.

Porque claro que le gustaba.

¿Cómo no iba a gustarle?

Si era ella.

Siempre había sido ella.

Solo que ahora… ya no podía fingir que no importaba.

Al día siguiente, todo parecía igual.

Pero no lo era.

Nada lo era.

Cada palabra de Lara pesaba más. Cada risa dolía un poco. Cada mención de Leo se sentía como una pequeña grieta.

—Creo que le gusto —dijo Lara, sonriendo.

Mateo forzó una sonrisa.

—Claro.

—¿Cómo que “claro”?

—Pues… eres tú.

Lara lo empujó suavemente con el hombro.

—Tonto.

Mateo bajó la mirada, sonriendo apenas.

Si ella supiera.

Los días empezaron a girar alrededor de alguien que Mateo no conocía… pero que ya odiaba sin razón.

Leo.

Leo le escribía. Leo la hacía reír. Leo empezaba a ocupar espacios que antes eran suyos.

Y Mateo…

Mateo seguía ahí.

Como siempre.

Escuchando.

Acompañando.

Sosteniendo.

Una tarde, mientras caminaban juntos, Lara se detuvo de golpe.

—¿Sabes qué me gusta de ti?

Mateo la miró.

—¿Qué?

Ella sonrió con una ternura que le rompió algo por dentro.

—Que siempre estás.

Así de simple.

Así de claro.

Así de suficiente… para ella.

Pero no para él.

Mateo asintió.

—Siempre.

Y lo dijo en serio.

Aunque empezaba a entender lo que eso significaba.

Porque estar siempre…no es lo mismo que ser elegido.

Esa noche, Mateo abrió el cajón de su escritorio.

El dibujo seguía ahí.

El de las dos figuras bajo el árbol.

La que tenía alas.

Y la que no.

Pasó el dedo por la figura sin alas.

—Supongo que tenía razón… —susurró.

Porque Lara siempre había sido la que volaba.

Y él…

Él era el que se quedaba.

Pero lo que todavía no sabía…era cuánto iba a doler quedarse cuando ella empezara a irse de verdad.

Capítulo 3

Él (Leo)

Hay personas que no llegan haciendo ruido.

No rompen nada. No desplazan a nadie de golpe.

Solo… aparecen.

Y cuando te das cuenta, ya están ocupando un lugar que antes era de alguien más.

Mateo lo vio antes de conocerlo.

No su nombre. No su voz.

Solo su efecto.

—Hoy hablé con él otra vez —dijo Lara, sentándose a su lado en la banca.

No hizo falta preguntar quién.

Mateo ya lo sabía.

—¿Y? —respondió, intentando sonar como siempre.

—Es… no sé —sonrió ella—. Me hace sentir tranquila.

Mateo sintió algo incómodo en el pecho.

Porque esa frase…antes era suya.

—¿Tranquila? —repitió.

—Sí. Como si todo fuera fácil.

Mateo asintió lentamente.

—Qué bien.

Pero no lo pensaba.

No realmente.

El día que finalmente vio a Leo, entendió por qué.

No fue difícil encontrarlo.

Era de esos que destacan sin intentarlo demasiado.

Alto, seguro, con una sonrisa fácil y una forma de hablar que hacía que la gente quisiera escucharlo.

Lara estaba a su lado.

Riéndose.

Como siempre.

Pero no como siempre.

—Mateo —lo llamó ella al verlo—. Ven.

Mateo dudó apenas un segundo antes de acercarse.

—Él es Leo.

Leo extendió la mano sin dudar.

—He escuchado mucho de ti.

Mateo estrechó su mano.

—Espero que cosas buenas.

Leo sonrió.

—Depende de a quién le preguntes.

Lara soltó una risa suave.

Y Mateo lo notó.

Notó cómo lo miraba.

Notó esa chispa.

Esa atención.

Esa forma en la que todo parecía girar un poco hacia él.

Y entonces lo entendió.

No era solo que Leo hubiera llegado.

Era que Lara… lo estaba eligiendo.

—Mateo es mi mejor amigo —dijo ella, con naturalidad.

Mejor amigo.

Leo asintió.

—Se nota.

Mateo no supo si eso era un cumplido… o una forma elegante de marcar territorio.

Los días siguientes cambiaron sin que nadie lo dijera en voz alta.

Lara seguía buscando a Mateo.

Pero ya no primero.

Ya no siempre.

—Perdón, estaba con Leo —decía.

—Hoy no puedo, voy a salir con él.

—Luego te cuento.

Siempre había un “él”.

Siempre había algo más.

Algo que antes no existía.

Mateo empezó a notar pequeños detalles.

Cosas mínimas.

Pero suficientes.

Lara miraba el celular más seguido. Sonreía sin explicar por qué. Se distraía en medio de conversaciones.

Y cuando Mateo hablaba…a veces ya no lo escuchaba del todo.

No era un cambio brusco.

Era peor.

Era lento.

Silencioso.

Inevitable.

—¿Te cae bien? —preguntó Lara una tarde, de la nada.

Mateo levantó la mirada.

—¿Leo?

—Sí.

Mateo dudó.

No mucho.

Pero lo suficiente.

—No lo conozco.

Lara entrecerró los ojos.

—Eso no responde mi pregunta.

Mateo suspiró suavemente.

—Parece… agradable.

Lara sonrió.

—Lo es.

Mateo asintió.

Pero dentro de él, algo no encajaba.

No era celos.

No exactamente.

Era intuición.

Una sensación sutil de que algo no estaba del todo bien.

Pero no tenía pruebas.

No tenía razones.

Solo… una incomodidad que no podía explicar.

Y entonces decidió hacer lo único que sabía hacer.

Callar.

Porque decir algo significaba arriesgarse.

Arriesgarse a que Lara lo viera diferente. A que pensara que estaba exagerando. A que, peor aún… se alejara.

Y Mateo prefería cualquier cosa…

menos perderla.

Una tarde, mientras caminaban juntos, Lara se detuvo.

—Creo que me gusta de verdad.

Mateo sintió cómo esas palabras caían lento.

Pesadas.

Irreversibles.

—¿Sí? —preguntó.

—Sí —respondió ella, con una sonrisa que no dejaba espacio a dudas.

Mateo asintió.

—Entonces… ojalá te haga bien.

Lara lo miró.

—Siempre dices lo correcto.

Mateo no respondió.

Porque lo correcto…no siempre es lo honesto.

Esa noche, volvió a mirar el dibujo.

El de siempre.

El de las alas.

El de quedarse.

Pero esta vez notó algo que antes no había visto.

Había una tercera sombra.

Difusa.

Casi invisible.

Pero estaba ahí.

Y por primera vez…Mateo entendió que la historia que había comenzado entre dos…

ya no les pertenecía solo a ellos.

Y que, aunque nadie lo dijera…

él estaba empezando a quedarse atrás.

CAPÍTULO 4

Siempre estoy

El problema no es cuando alguien falla.

Es cuando aprendes a perdonarlo… antes de que cambie.

Al principio, todo parecía perfecto.

O al menos, lo suficiente como para no cuestionarlo.

—No entiendes, Mateo —decía Lara, con esa sonrisa que ya no podía esconder—. Es diferente.

Mateo asentía.

Siempre asentía.

—Claro.

Y tal vez, en algún lugar muy pequeño dentro de él… todavía quería creerlo.

Leo aparecía con detalles inesperados.

Mensajes a medianoche. Risas fáciles. Promesas dichas con una seguridad que hacía que todo sonara real.

Y Lara… se entregaba a eso sin miedo.

Mateo lo veía desde lejos.

Como quien observa una historia que sabe cómo va a terminar… pero no puede detener.

La primera vez que algo se rompió, fue casi imperceptible.

—No vino —dijo Lara, sentándose a su lado en la banca.

No estaba llorando.

Pero su voz era distinta.

Mateo dejó de mirar al frente.

—¿Qué pasó?

Ella encogió los hombros.

—Dijo que estaba ocupado.

Mateo frunció ligeramente el ceño.

—¿Y no te avisó antes?

—Sí… bueno, no —corrigió—. Me escribió después.

Mateo guardó silencio unos segundos.

—¿Y qué dijo?

—Que lo sentía.

Mateo asintió lentamente.

—¿Y tú?

Lara sonrió apenas.

—Que no pasaba nada.

Claro que pasaba.

Pero Lara siempre había sido buena… restándole importancia a lo que dolía.

—Seguro tenía algo importante —añadió ella, más para convencerse que para explicarlo.

Mateo no respondió de inmediato.

Podía decir muchas cosas.

Podía señalar lo obvio.

Podía advertir.

Pero no lo hizo.

—¿Quieres que caminemos? —preguntó en cambio.

Lara lo miró… y asintió.

Y así empezó.

Una ausencia aquí. Una excusa allá. Un “perdón” que llegaba tarde.

Y siempre, después de todo eso…

Mateo.

—No sé por qué me siento así —dijo Lara una noche, abrazando sus rodillas—. No es para tanto.

Mateo estaba sentado a su lado, en silencio.

—Si te duele, sí es para tanto.

Lara negó con la cabeza.

—Es que no quiero ser de esas personas… ¿sabes? Las que hacen drama por todo.

Mateo la miró.

—No estás haciendo drama.

—Entonces, ¿qué estoy haciendo?

Mateo dudó apenas.

—Aguantando más de lo que deberías.
Lara no respondió.
Solo apoyó la cabeza en su hombro.
Como siempre.
Y Mateo…
Mateo cerró los ojos.
Porque ese gesto…
ese pequeño gesto que antes significaba todo…
ahora venía acompañado de algo más.
De alguien más.
—Gracias por estar —susurró ella.
Mateo sintió un nudo en la garganta.
—Siempre.
Siempre.
Qué palabra tan peligrosa.
Porque “siempre” no exige nada.
No pone condiciones.
No pide reciprocidad.
Solo… está.
Los días siguieron el mismo patrón.
Leo fallaba.
Lara se rompía en silencio.
Mateo la recogía.
—Ayer no me contestó en toda la noche.
—Seguro estaba ocupado.
—Sí… seguro.
—Dijo que iba a venir… y no vino.
—¿Te avisó?
—No.
—A veces siento que no le importo tanto como a mí.
Mateo apretó la mandíbula.
—¿Y por qué sigues ahí?
Lara lo miró, sorprendida.
—Porque… cuando está, es increíble.
Ahí estaba.

La razón.

La trampa.

Mateo bajó la mirada.

Porque entendió algo que no quería aceptar.

No competía contra lo malo.

Competía contra lo bueno.

Contra esos momentos en los que Leo sí estaba.

En los que sí cumplía.

En los que hacía que todo valiera la pena… aunque fuera por un rato.

Y contra eso…

Mateo no podía hacer nada.

Una tarde, la encontró llorando.

De verdad.

No como antes.

No contenido.

No disimulado.

—Lara… —dijo, acercándose—. ¿Qué pasó?

Ella negó con la cabeza, cubriéndose el rostro.

—Soy una tonta.

Mateo se agachó frente a ella.

—No digas eso.

—Sí lo soy —insistió—. Siempre lo justifico. Siempre pienso que va a cambiar.

Mateo sintió algo romperse dentro de él.

—¿Qué hizo?

Lara dudó.

Y eso fue suficiente.

Mateo no necesitaba detalles.

No necesitaba pruebas.

Solo necesitaba verla así… para saber que algo no estaba bien.

—No tienes que quedarte donde te hacen sentir así —dijo con cuidado.

Lara lo miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero lo quiero.

Silencio.

—Y cuando estoy con él… —continuó— siento que todo tiene sentido.

Mateo sostuvo su mirada.

—¿Y cuando no?

Lara no respondió.

Porque la respuesta… ya estaba en su cara.

Mateo respiró hondo.

—Lara…

Pero se detuvo.

Porque decir lo que realmente quería…

era cruzar una línea que no sabía si podía deshacer.

Así que, en lugar de eso, hizo lo de siempre.

La abrazó.

Y Lara se aferró a él.

Como si fuera lo único que no se rompía.

—No sé qué haría sin ti —susurró.

Mateo cerró los ojos.

Y por primera vez…

esa frase no se sintió como algo bonito.

Se sintió como una condena.

Porque estar ahí para alguien…

no significa que algún día te vaya a elegir.

Y Mateo empezaba a entenderlo.

Pero aun así…

no se iba.

Porque hay amores que no se viven.

Se soportan.

Se esconden.

Se quedan en silencio…

mientras uno aprende a conformarse con ser el lugar al que vuelven cuando todo lo demás falla.

CAPÍTULO 5

Lo que eliges no ver

Hay verdades que no se esconden.
Se muestran.
Se repiten.
Se colocan justo frente a ti…
y aun así decides no mirarlas.
Al principio, eran solo dudas.
Pequeñas.
Fáciles de ignorar.
—¿Te escribió? —preguntó Mateo una tarde.
Lara negó con la cabeza, mirando su celular.
—No… pero seguro está ocupado.
Mateo no dijo nada.
Porque esa frase… ya la había escuchado demasiadas veces.
Lo que empezó a cambiar no fue Leo.
Fue Lara.
Antes, cuando algo le dolía, lo decía.
Ahora no.
Ahora lo suavizaba. Lo acomodaba. Lo explicaba… incluso cuando nadie se lo pedía.
—A veces tarda en responder, pero es que no le gusta estar pegado al celular.
—Canceló otra vez, pero me avisó… bueno, casi.
—Se le olvidó, pero estaba cansado.
Siempre había una razón.
Siempre había una forma de que no fuera tan grave.
Mateo empezó a notar algo más.
Algo que ya no era intuición.
Eran hechos.
Una noche, estaban sentados en el mismo parque de siempre.

El aire estaba frío, pero Lara no se movía.
Solo miraba la pantalla de su celular, esperando.
—Dijo que hoy sí venía —murmuró.
Mateo miró la hora.
—¿A qué hora?
—Hace una hora.
Silencio.
—¿Le escribiste?
—Sí.
—¿Y?
Lara apretó los labios.
—No contesta.
Mateo desvió la mirada.
Porque ya sabía cómo terminaba eso.
—Seguro se le complicó algo —dijo ella, casi automáticamente.
Mateo la miró.
—Lara…
Ella levantó la vista.
—¿Qué?
Mateo dudó.
Otra vez.
Siempre dudaba.
—Nada —respondió finalmente.
Porque decirlo en voz alta…
lo hacía real.
Pero esa noche, algo fue diferente.
Mientras Lara insistía en revisar su celular, Mateo vio algo.
No directamente.
No de frente.
Pero suficiente.
Leo.
Al otro lado de la calle.
Riendo.
Con alguien más.
No estaba solo.

Mateo sintió cómo algo dentro de él se tensaba de golpe.
Miró a Lara.
Seguía esperando.
Sin levantar la cabeza.
Sin ver.
Podía decirlo.
Podía señalar.
Podía terminar con todo en ese instante.
Pero no lo hizo.
No porque dudara de lo que vio.
Sino porque sabía lo que vendría después.
Lara no lo iba a ver como él lo veía.
No todavía.
—¿Nos vamos? —preguntó Mateo, de pronto.
Lara lo miró, confundida.
—Pero… él…
Mateo sostuvo su mirada.
—Si va a venir, te escribe.
Lara dudó.
Solo un segundo.
Y luego asintió.
Se levantaron.
Y mientras caminaban…
Leo siguió ahí.
Riéndose.
Sin mirar.
Sin saber…
o sin importar.
Mateo no volvió a voltear.
Pero Lara tampoco.
Y ahí fue donde empezó a doler distinto.
No por lo que Leo hacía.
Sino por lo que Lara elegía no ver.
Los días siguientes no mejoraron.
Solo se hicieron más claros.

Mensajes borrados.
Excusas que ya no encajaban.
Historias que no coincidían.
—Ayer me dijo que se durmió temprano —comentó Lara.
Mateo levantó la mirada.
—¿Y?
—Subió una historia a las dos de la mañana.
Silencio.
—Seguro era vieja —añadió ella rápidamente.
Mateo la miró fijamente.
—¿Tú crees?
Lara sostuvo su mirada unos segundos.
Y luego… la desvió.
—No sé —murmuró.
Ese "no sé" era nuevo.
Y lo cambiaba todo.
Porque ya no era ignorancia.
Era elección.
Una tarde, mientras caminaban, Lara habló sin mirarlo.
—¿Tú crees que alguien pueda querer a dos personas al mismo tiempo?
Mateo se detuvo.
—¿Por qué preguntas eso?
—Solo… curiosidad.
Mateo negó con la cabeza.
—No.
Lara frunció el ceño.
—¿Seguro?
—Si quiere a dos personas, no quiere lo suficiente a ninguna.
Lara guardó silencio.
—A veces las cosas no son tan simples —dijo finalmente.
Mateo la miró.
—A veces sí.
Ella no respondió.
Pero su silencio… dijo todo.

Esa noche, Mateo ya no pudo más.

—Lara —dijo, serio—. ¿Qué está pasando?

Ella levantó la vista.

—¿A qué te refieres?

—A él.

Silencio.

—Nada —respondió ella.

Mateo negó con la cabeza.

—No es nada.

—Sí es nada.

—No lo es.

Lara suspiró, molesta.

—Mateo, estás exagerando.

Eso dolió más de lo que debería.

—No estoy exagerando —dijo, más firme de lo normal—. Solo… abre los ojos.

Lara lo miró, sorprendida.

—¿Abrirlos a qué?

Mateo dudó.

Pero esta vez… menos.

—A que no te está tratando bien.

Silencio.

—No sabes eso.

—Sí lo sé.

—No, no lo sabes —insistió ella—. No estás en la relación.

Mateo apretó la mandíbula.

—No necesito estar para ver lo que te está haciendo.

Lara dio un paso atrás.

No físico.

Pero sí emocional.

—No te metas en esto —dijo, más fría.

Ahí estaba.

La línea.

Mateo la cruzó igual.

—Me meto porque te importa… y porque me importas.

Lara lo miró.
Y por primera vez…
no había ternura en sus ojos.
—Pues no deberías.
Silencio.
Uno pesado.
Denso.
Irreversible.
Mateo sintió algo romperse.
No de golpe.
Pero sí lo suficiente.
—Está bien —dijo finalmente.
Y retrocedió.
Porque entendió algo que hasta ahora había evitado aceptar:
No puedes ayudar a alguien que no quiere ser salvado.
Esa noche, no hubo mensajes.
No hubo “¿llegaste bien?”
No hubo costumbre.
Solo silencio.
Y por primera vez en mucho tiempo…
Mateo no fue el que volvió.
Mientras tanto, Lara…
miraba su celular.
Esperando.
A Leo.
Y en algún lugar, muy dentro de ella…
una pequeña voz empezaba a incomodar.
Pero aún no lo suficiente.
Porque hay verdades que no duelen cuando aparecen.
Duelen cuando ya no puedes seguir ignorándolas.
Y ese momento…
todavía no había llegado.

Capítulo 6

Cuando duele de verdad

Hay un momento en el que ya no puedes seguir diciendo “no es para tanto”.

Un momento en el que la verdad deja de ser una sospecha…y se convierte en algo imposible de ignorar.

Llegó sin aviso.

Como siempre.

No fue un gran descubrimiento.

No hubo una escena dramática.

No hubo alguien diciéndole la verdad.

Fue algo simple.

Tan simple… que dolió más.

Una foto.

Lara la vio por accidente.

O al menos, eso quiso creer.

Estaba revisando historias sin prestar mucha atención, pasando una tras otra, sin realmente mirar.

Hasta que se detuvo.

Leo.

Sonriendo.

Pero no solo.

Había una chica.

Cerca.

Demasiado cerca.

No era una foto comprometedora.

No había besos.

No había nada explícito.

Pero había algo peor.

Había confianza.

Había cercanía.

Había una naturalidad… que no se improvisa.
Lara se quedó mirando la pantalla.
En silencio.
—Seguro no es nada… —murmuró.
Pero no sonó convencida.
Entró al perfil.
La misma chica.
Más fotos.
Más momentos.
Más coincidencias.
Y entonces, lo vio.
Una historia anterior.
Subida por ella.
Leo.
En el mismo lugar.
A la misma hora.
No era una coincidencia.
Era una verdad.
El aire se le hizo más pesado.
Las manos más frías.
El pecho más apretado.
Y aun así…
aun así, intentó sostener la versión que menos dolía.
—Tal vez… solo son amigos.
Pero algo dentro de ella…
ya no estaba de acuerdo.
Esa noche, le escribió.
“¿Qué hiciste hoy?”
Leo respondió rápido.
“Nada, estuve en casa. ¿Por?”
Lara se quedó mirando el mensaje.
Mucho tiempo.
Demasiado.
Ahí estaba.
No la foto.

No la chica.
La mentira.
Simple.
Directa.
Sin esfuerzo.
Y eso fue lo que la rompió.
No gritó.
No lloró de inmediato.
Solo dejó el celular a un lado…y se quedó quieta.
Como si algo dentro de ella acabara de caer.
Y no fuera a levantarse.
Pasaron minutos.
Tal vez horas.
Hasta que finalmente…
marcó un nombre.
Mateo.
El teléfono sonó.
Una vez.
Dos.
Tres.
Y entonces…
contestó.
—¿Hola?
La voz de Mateo sonó igual.
Como siempre.
Eso fue suficiente.
—Mateo… —dijo ella, pero la voz se le quebró antes de poder seguir.
Silencio.
—¿Qué pasó? —preguntó él, inmediato.
Y ahí fue.
El momento.
El punto exacto donde todo lo que había contenido…ya no pudo sostenerse.
—Tenías razón… —susurró.

Mateo no respondió.
Pero el silencio… cambió.
—Lara, ¿dónde estás?
Ella miró a su alrededor.
Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba ahí.
—No sé…
Quince minutos después, Mateo estaba frente a ella.
Sin preguntas.
Sin reproches.
Solo ahí.
—¿Qué pasó? —preguntó otra vez, más suave.
Lara levantó la mirada.
Los ojos rojos.
La expresión rota.
—Me mintió.
Dos palabras.
Suficientes.
Mateo cerró los ojos un segundo.
Como si esa confirmación… doliera más de lo que esperaba.
—¿Qué hizo?
Lara negó con la cabeza.
—No importa.
Pero sí importaba.
—Claro que importa —dijo él.
Ella respiró hondo.
—Está con alguien más.
Silencio.
Esta vez, no hubo dudas.
No hubo interpretaciones.
Solo verdad.
Mateo apretó la mandíbula.
Porque una parte de él…
ya lo sabía.
Pero otra
no quería que fuera cierto.

—¿Estás segura? —preguntó.

Lara asintió lentamente.

—Me dijo que estaba en su casa.

Y eso fue todo.

No hacía falta más.

El silencio entre ellos se llenó de algo distinto.

No de incomodidad.

No de costumbre.

De realidad.

Lara empezó a llorar.

De verdad.

No como antes.

No contenido.

No controlado.

Roto.

—¿Qué hice mal? —preguntó entre lágrimas—. ¿Por qué no fui suficiente?

Mateo sintió que algo dentro de él se quebraba con cada palabra.

—No hiciste nada mal —respondió, firme.

—Entonces, ¿por qué?

Mateo la miró.

Y esta vez…

no dudó.

—Porque él no sabe querer bien.

Lara negó con la cabeza.

—Pero yo sí lo quería…

Mateo bajó la mirada.

—Lo sé.

Y ese era el problema.

Lara lo abrazó.

Fuerte.

Desesperado.

Como si se estuviera cayendo…y él fuera lo único que quedaba.

Mateo la sostuvo.

Como siempre.

Pero algo ya no era igual.
Porque mientras la abrazaba…
también entendía algo.
Esto…
esto no iba a cambiar nada.
No realmente.
Porque no era la primera vez que Leo fallaba.
Solo era la primera vez…
que Lara no podía negarlo.
—No vuelvas con él —dijo Mateo, en voz baja.
Lara no respondió.
Y ese silencio…
fue suficiente para preocuparlo más que cualquier respuesta.
Porque el dolor no siempre aleja.
A veces…
solo hace que uno se aferre más fuerte.
Esa noche, Lara no soltó a Mateo.
Y Mateo no se fue.
Pero por dentro…
algo estaba cambiando.
Porque estar ahí en su peor momento…
ya no se sentía como antes.
Ya no era solo amor.
Era desgaste.
Era cansancio.
Era empezar a entender…
que quizás no importaba cuánto diera.
Si ella seguía eligiendo a alguien más.
Y por primera vez…
esa idea no solo dolió.
Lo hizo dudar.

Capítulo 7

Casi

Hay momentos que cambian todo. No porque sucedan…
sino porque estuvieron a punto de hacerlo.
Después de esa noche, nada volvió a sentirse igual.
Lara dejó de mencionar a Leo.
No porque hubiera desaparecido.
Sino porque dolía demasiado nombrarlo.
Y Mateo…
Mateo dejó de insistir.
No le preguntaba.
No opinaba.
No empujaba.
Solo estaba.
Pero ya no igual.
Había algo distinto en él.
Más callado.
Más medido.
Más… lejos.
Lara lo notó.
Claro que lo notó.
—Estás raro —dijo una tarde, mirándolo fijo.
Mateo levantó la vista.
—No.
—Sí estás.
—Estoy igual.
Lara negó con la cabeza.
—No es verdad.
Silencio.
Porque ambos sabían…
que sí lo era.

Pero ninguno quería decir por qué.

—¿Sigue hablándote? —preguntó Mateo de pronto.

Lara dudó.

Solo un segundo.

—Sí.

Esa respuesta fue suficiente.

—¿Y tú?

Ella bajó la mirada.

—A veces.

Mateo asintió lentamente.

Ahí estaba.

Nada había cambiado tanto como parecía.

—No sé por qué no puedo dejarlo —admitió ella, en voz baja—. Después de todo… sigo queriendo saber de él.

Mateo la miró.

Y por primera vez…

no sintió solo tristeza.

Sintió algo más.

Cansancio.

—Porque te acostumbraste —dijo.

Lara frunció el ceño.

—No es eso.

—Sí es eso.

Ella lo miró, sorprendida por el tono.

—No entiendes.

Mateo soltó una pequeña risa sin humor.

—Claro que entiendo.

Silencio.

—Entonces, ¿por qué hablas así?

Mateo la sostuvo la mirada.

—Porque estoy cansado, Lara.

Eso… no lo esperaba.

—¿Cansado de qué?

Mateo dudó.

Y esta vez…

no se guardó todo.
—De verte sufrir por alguien que no te cuida.
—De que vuelvas una y otra vez a lo mismo.
—De estar siempre… pero nunca ser suficiente.
Silencio.
Pesado.
Lara lo miró como si no lo reconociera.
—Yo nunca te pedí que…
—No —interrumpió él—. Nunca lo pediste.
Y eso dolía más.
Porque todo lo que Mateo había dado…
siempre fue por decisión propia.
Nunca por elección de ella.
—Entonces no es mi culpa —dijo Lara, a la defensiva.
Mateo cerró los ojos un segundo.
—No dije que lo fuera.
Pero algo en su voz…
sonó a otra cosa.
Lara se levantó.
—No me gusta cuando te pones así.
Mateo también se levantó.
—¿Así cómo?
—Como si… —se detuvo— como si yo te debiera algo.
Eso golpeó directo.
—No me debes nada.
Verdad.
Pero incompleta.
Porque no deber…
no significa no afectar.
Lara bajó la mirada.
—Entonces, ¿qué quieres?
Silencio.
Mateo no respondió de inmediato.
Porque lo que quería…
no era algo que pudiera pedir.

—Nada —dijo finalmente.
Mentira.
Y ambos lo sabían.
El aire entre ellos se volvió tenso.
Distinto.
Más honesto…
y por eso más incómodo.
—Te estás alejando —susurró Lara.
Mateo la miró.
—Tal vez.
Eso dolió.
Se notó.
—¿Por qué?
Y ahí estaba.
La pregunta.
Mateo dio un paso hacia ella.
Demasiado cerca.
—Porque no puedo seguir siendo solo esto.
Lara dejó de respirar por un segundo.
—¿Solo qué?
Mateo la miró.
De verdad.
Sin filtros.
Sin cuidado.
—Tu lugar seguro… mientras eliges a alguien más.
Silencio.
Lara sintió cómo algo dentro de ella se movía.
Algo incómodo.
Algo que no quería mirar.
—Mateo…
Pero no supo qué decir.
Porque por primera vez…
él no estaba suavizando nada.
Y eso lo hacía peligroso.
El espacio entre ellos se acortó sin que ninguno lo notara.

Demasiado cerca ahora.
—Yo no quiero perderte —dijo Lara, casi en un susurro.
Mateo soltó una pequeña risa triste.
—Nunca estuve en riesgo de perderse.
Y ahí estaba el problema.
Siempre había estado.
Siempre disponible.
Siempre ahí.
Y tal vez…
ese era el error.
Lara lo miró.
Los ojos brillando.
—No digas eso.
Mateo no respondió.
Solo la miró.
Y en ese momento…
algo cambió.
No en la historia.
En ellos.
Porque por primera vez…
Lara no lo estaba viendo como siempre.
Y Mateo…
ya no la estaba mirando como antes.
El silencio se volvió denso.
Cargado.
Y entonces pasó.
Lento.
Casi sin intención.
Lara dio un pequeño paso hacia él.
Mateo no se movió.
Sus respiraciones se mezclaron.
Sus miradas…
ya no eran las mismas.
Y por un segundo…
todo lo demás dejó de importar.

No Leo.
No el pasado.
No el dolor.
Solo ese instante.
Ese punto exacto donde todo podía cambiar.
Mateo levantó ligeramente la mano…
como si fuera a tocar su rostro.
Y Lara no se apartó.
Al contrario.
Cerró los ojos.
Y eso…
eso fue lo más peligroso de todo.
Porque no fue rechazo.
Fue posibilidad.
Pero justo antes de que pasara…
justo antes de cruzar esa línea invisible…
Lara abrió los ojos.
Y retrocedió.
Como si despertara.
—No… —susurró.
Mateo bajó la mano.
No dijo nada.
No hacía falta.
Porque ese “no” …
no era solo para el momento.
Era para todo.
—No puedo —añadió ella, con la voz temblando.
Silencio.
—Lo siento.
Mateo asintió lentamente.
—Está bien.
Pero no lo estaba.
Y ambos lo sabían.
Porque lo que duele no es que no pase.
Es saber que pudo pasar…

y aun así no fue suficiente.
Lara dio un paso atrás.
Luego otro.
—No quiero perderte —repitió.
Mateo la miró.
Y esta vez…
no respondió.
Porque ya no sabía qué significaba eso.
Esa noche, se fueron en direcciones distintas.
Sin despedirse como siempre.
Sin promesas.
Sin costumbre.
Y por primera vez desde que eran niños…
no hubo un “nos vemos mañana”.
Porque algo había cambiado.
Y ya no había forma de fingir…
que todo seguía igual.

CAPÍTULO 8

Lo que nunca fui

Hay personas que no se van de golpe.
No hacen ruido. No cierran puertas.
Solo dejan de estar…como antes.
Los primeros días no parecieron tan distintos.
Mateo seguía respondiendo.
Pero más tarde.
Más corto.
Más… lejos.
—¿Estás ocupado? —le escribió Lara.
“Un poco.”
Antes, eso habría significado una llamada.
Una visita.
Una excusa para verse.
Ahora…
era solo eso.
Un poco.
Lara miró la pantalla más tiempo del necesario.
No era rechazo.
Pero tampoco era lo de siempre.
Y eso…
eso era nuevo.
Los días empezaron a sentirse más largos.
Más vacíos.
No porque Mateo hubiera desaparecido.
Sino porque ya no llenaba los espacios como antes.
El parque seguía ahí.
La banca también.
Pero Lara dejó de ir.
No tenía sentido.

Porque algunas costumbres…
solo existen cuando alguien más las sostiene contigo.
—¿Te pasa algo con Mateo? —preguntó una amiga un día.
Lara dudó.
—No… ¿por?
—Ya no están juntos todo el tiempo.
Lara forzó una sonrisa.
—Pues… es normal.
Pero no lo sentía así.
Porque lo normal…
era que él estuviera.
Siempre.
Y ahora…
no.
Intentó no pensar demasiado en eso.
Volvió a escribirle a Leo.
Porque, aunque doliera…
todavía era más fácil entender esa relación.
La dinámica era clara.
Él fallaba. Ella sufría. Luego él volvía.
Y todo parecía arreglarse… por un rato.
Pero con Mateo…
no había reglas.
Y eso la descolocaba más.
Una tarde, no aguantó.
—¿Podemos vernos? —le escribió.
La respuesta tardó.
Mucho más de lo que solía.
“Hoy no puedo.”
Lara frunció el ceño.
—¿Mañana?
Silencio.
Pasaron minutos.
Luego una hora.
Nada.

El pecho se le apretó.
No por lo que decía el mensaje.
Sino por lo que no decía.
Porque Mateo nunca dejaba conversaciones a medias.
Nunca.
Hasta ahora.
Esa noche, Lara no pudo dormir.
Dio vueltas en la cama, mirando el techo, con una sensación incómoda creciendo dentro de ella.
No era tristeza.
No exactamente.
Era… ausencia.
Y por primera vez…
no sabía cómo llenarla.
Al día siguiente, lo vio en el colegio.
Estaba con otros.
Hablando.
Riéndose.
Normal.
Como si nada hubiera pasado.
Como si no hubiera nada que arreglar.
Lara se acercó.
—Mateo.
Él levantó la mirada.
—Hola.
Hola.
No “Lara”.
No sonrisa inmediata.
No complicidad.
Solo…
hola.
—¿Podemos hablar? —preguntó ella.
Mateo dudó apenas.
—Sí.
Caminaron en silencio.

Como desconocidos.
—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó Lara, directa.
Mateo la miró.
—No.
—No parece.
Silencio.
—Estoy igual —dijo él.
Lara negó con la cabeza.
—No estás igual.
Mateo suspiró.
—Estoy intentando estar mejor.
Eso la descolocó.
—¿Mejor… sin mí?
La pregunta salió más rápido de lo que pensó.
Mateo sostuvo su mirada.
—Mejor… para mí.
Silencio.
Porque esa respuesta…
no la incluía.
—No entiendo —dijo ella.
Mateo asintió levemente.
—Lo sé.
Y eso dolió más.
Porque no era confusión compartida.
Era distancia.
—Antes no eras así —insistió Lara.
Mateo bajó la mirada un segundo.
—Antes tampoco me sentía así.
—¿Así cómo?
Mateo dudó.
Pero ya no iba a mentir.
—Como si siempre estuviera esperando algo que no iba a pasar.
Lara se quedó en silencio.
Porque entendió.
No todo.

Pero lo suficiente.

—Yo nunca te prometí nada —dijo, casi en defensa.

Mateo asintió.

—Lo sé.

—Entonces no es justo que…

—No es tu culpa —interrumpió él, suave pero firme—. Pero sí es mi responsabilidad dejar de quedarme donde no soy elegido.

Ahí estaba.

La verdad completa.

Sin adornos.

Sin suavizar.

Lara sintió un nudo en la garganta.

—Yo te elijo… como mi amigo.

Mateo sonrió apenas.

Una sonrisa triste.

—Y yo ya no puedo ser solo eso.

Silencio.

Pesado.

Irreversible.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó Lara.

Mateo la miró.

—Nada.

—¿Nada?

—Seguimos —respondió—. Pero distinto.

Y ese “distinto” …

fue lo más claro de todo.

Porque no significaba avanzar.

Significaba soltar.

Lara bajó la mirada.

—No quería que esto cambiara.

Mateo asintió.

—Yo tampoco.

Pero cambiar…

no siempre es una elección.

A veces es lo único que queda.

Esa tarde, se separaron sin discutir.
Sin drama.
Sin gritos.
Pero con algo mucho más fuerte:
Aceptación.
De que lo que tenían…
ya no podía seguir siendo lo mismo.
Esa noche, Lara volvió a abrir el cajón donde guardaba cosas viejas.
Fotos.
Papeles.
Recuerdos.
Y encontró un dibujo.
Dos figuras bajo un árbol.
Una con alas.
La otra no.
Lo miró largo rato.
Y por primera vez…
no se vio en la que volaba.
Se vio…
en la que se quedaba.
Esperando.
Y entendió algo que antes no había querido ver:
Mateo no se estaba yendo.
Solo estaba dejando de quedarse.
Y eso…
dolía más de lo que esperaba.

CAPÍTULO 9

Demasiado tarde

Hay cosas que no se pierden de golpe.

Se desgastan. Se enfrían. Se van volviendo silencio…

hasta que un día te das cuenta de que ya no están.

Al principio, Lara no lo llamó pérdida.

Lo llamó “cambio”.

—Es normal —se repetía—. Las cosas cambian.

Pero no se sentía normal.

Nada lo hacía.

Los días se volvieron extrañamente vacíos.

No porque estuviera sola.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo…

nadie la esperaba.

Leo seguía ahí.

A ratos.

Volvía con mensajes que parecían sinceros. Con palabras que sonaban correctas. Con esa facilidad que siempre había tenido para hacer que todo pareciera menos grave.

—Perdón por todo —le escribió.

—No era mi intención hacerte sentir así.

—Te extraño.

Lara miraba esos mensajes…

y ya no sentía lo mismo.

No porque hubiera dejado de quererlo.

Sino porque algo dentro de ella…

ya no confiaba igual.

Y aun así…

respondía.

Porque soltar no es inmediato.

Es un proceso incómodo, lento, lleno de retrocesos.

Pero lo que realmente la descolocaba…
no era Leo.
Era Mateo.
O más bien…
la falta de él.
—¿Hablaste con Mateo? —le preguntaron un día.
Lara negó con la cabeza.
—No mucho.
“No mucho”.
Qué forma tan suave de decir…
casi nada.
Revisaba su chat a veces.
Mensajes antiguos.
Conversaciones largas.
Detalles que antes parecían normales…
y ahora se sentían irrepetibles.
“¿Ya comiste?” “Avísame cuando llegues”
“Voy para allá”
“Siempre estoy”
Siempre.
Esa palabra otra vez.
Pero ya no significaba lo mismo.
Porque el “siempre” de Mateo…
ya no era para ella.
Una tarde, decidió ir al parque.
No sabía bien por qué.
Tal vez por costumbre.
Tal vez por impulso.
Tal vez porque, en el fondo…
esperaba algo.
La banca seguía ahí.
Igual.
Pero no se sentía igual.
Se sentó.
Miró el lugar donde él solía estar.

Y por primera vez…
lo vio vacío.
No físicamente.
Emocionalmente.
Y ahí fue cuando empezó a entender.
No en una frase.
No en un pensamiento claro.
Sino en pequeñas cosas que se fueron acomodando solas.
Mateo siempre había estado.
Siempre.
Cuando Leo no contestaba.
Cuando cancelaba.
Cuando fallaba.
Mateo llenaba ese espacio.
No lo reemplazaba.
Pero lo sostenía.
Y ahora…
ese espacio estaba expuesto.
Y dolía.
Mucho más de lo que esperaba.
—¿Por qué se siente así? —murmuró para sí misma.
Y la respuesta llegó sola.
Porque no era solo que Mateo ya no estuviera.
Era que nunca había entendido lo que significaba que sí lo estuviera.
Esa noche, no pudo evitarlo.
Le escribió.
“¿Podemos vernos?”
Envió el mensaje…
y sintió ese nudo en el estómago.
No de ansiedad.
De incertidumbre.
Algo que nunca había sentido con él.
La respuesta tardó.
Minutos.

Luego más.
Hasta que llegó.
“¿Para qué?”
Lara se quedó mirando la pantalla.
Ese “¿para qué?” …
no era Mateo.
O tal vez sí.
Uno que ella nunca había querido ver.
“Quiero hablar contigo.”
Silencio.
Luego:
“Está bien.”
Nada más.
Sin calidez.
Sin cercanía.
Sin “¿estás bien?”
Solo… aceptación.
Se encontraron al día siguiente.
En el mismo lugar de siempre.
Pero ya no era lo mismo.
Mateo llegó primero.
No la estaba esperando como antes.
Solo estaba ahí.
Cuando Lara se acercó, él levantó la mirada.
—Hola.
Hola.
Otra vez.
—Hola.
Se sentó frente a él.
El silencio fue distinto.
No cómodo.
No lleno.
Vacío.
—¿Cómo estás? —preguntó Lara.
Mateo se encogió ligeramente de hombros.

—Bien.
Corto.
Lejos.
—Yo… —empezó ella, pero se detuvo.
Porque no sabía por dónde empezar.
—¿Qué querías hablar? —preguntó él.
Directo.
Sin rodeos.
Lara respiró hondo.
—Te extraño.
Silencio.
Mateo no reaccionó de inmediato.
Solo la miró.
Como si esa frase ya no tuviera el mismo peso.
—Extrañas la costumbre —respondió.
Eso dolió.
—No —negó ella—. Te extraño a ti.
Mateo sostuvo su mirada.
—¿Ahora?
La palabra cayó lenta.
Pesada.
Lara bajó la mirada.
—No es solo ahora…
Pero no terminó la frase.
Porque ambos sabían que sí.
—Lara… —dijo él, más suave—. Yo estuve ahí mucho tiempo.
Ella asintió, con los ojos brillando.
—Lo sé.
—Y tú… —continuó él— estabas en otro lugar.
Silencio.
—No porque quisieras hacer daño.
—Pero igual lo hice —susurró ella.
Mateo no respondió.
Porque no necesitaba hacerlo.
—No me di cuenta —añadió—. No así.

Mateo asintió.
—Eso también lo sé.
Y ahí estaba lo más doloroso.
No hubo intención.
Pero sí consecuencias.
—Ahora sí lo veo —dijo Lara—. Veo todo.
Mateo sonrió apenas.
—Siempre estuvo ahí.
—Pero yo no —respondió ella.
Silencio.
—¿Y ahora qué? —preguntó Lara, con la voz quebrada.
Mateo la miró.
Y esta vez…
no dudó.
—Ahora ya es tarde.
La frase no fue dura.
Fue tranquila.
Y eso la hizo peor.
—¿Tarde… para qué?
Mateo respiró hondo.
—Para sentir lo mismo.
Ahí se rompió.
No de golpe.
Pero sí lo suficiente.
—¿Ya no…? —intentó decir.
Mateo negó suavemente.
—No como antes.
Lara sintió cómo todo se le venía encima.
Porque por primera vez…
no había una segunda oportunidad implícita.
No había un “siempre”.
—Pero… —se detuvo— yo estoy aquí ahora.
Mateo la miró.
—Lo sé.
—Entonces…

Pero no terminó.
Porque la respuesta ya estaba en sus ojos.
No era suficiente.
No porque ella no lo fuera.
Sino porque el momento…
ya había pasado.
—Lo siento —susurró Lara.
Mateo negó con la cabeza.
—No tienes que sentirlo.
—Sí tengo.
—No —insistió—. Porque yo también elegí quedarme donde no me elegían.
Silencio.
Responsabilidad compartida.
Pero no equitativa.
Porque uno amó en silencio.
Y el otro…
simplemente no miró.
Se quedaron ahí un rato.
Sin decir mucho más.
Porque ya no había nada que cambiar.
Solo aceptar.
Antes de irse, Lara habló.
—Si pudiera volver atrás…
Mateo la interrumpió suavemente.
—Pero no puedes.
Y ahí terminó.
No con un final.
Sino con una realidad.
Algunas historias no terminan mal.
Terminan tarde.
Y eso…
a veces duele más.

EPÍLOGO

Lo que aprendí de quedarme

A veces creemos que amar es suficiente: que, si sientes, das y te quedas lo suficiente, en algún momento eso será correspondido. Pero no funciona así. El amor no se mide en cuánto aguantas, ni en cuántas veces perdonas, ni en cuánto estás dispuesto a quedarte incluso cuando duele. El amor real también se trata de ser elegido.

Lara tardó en entenderlo. Durante mucho tiempo pensó que amar era insistir, encontrar razones para no irse y soportar un poco más cuando algo dolía. Mateo, en cambio, creía que amar era quedarse: incluso cuando no era suficiente, incluso cuando no era visto, porque irse significaba perderlo todo. Y, en cierta forma, los dos estaban equivocados. Amar sin ser elegido desgasta, y elegir sin ver a quien siempre estuvo también tiene un precio. No hay villanos en esta historia, solo decisiones, tiempos distintos y emociones que no coincidieron.

Pero no todo se pierde. Hay amores que no terminan en una relación, sino en una enseñanza. Lara aprendió a no quedarse donde duele, a no confundir intensidad con amor y a no esperar a perder para valorar. Mateo aprendió a elegirse, a no darlo todo donde no lo reciben igual y a entender que quedarse también puede ser una forma de olvidarse de uno mismo. Y aunque no terminaron juntos, lo que tuvieron importó: fue real, fue sincero y, de alguna forma, los cambió.

Tal vez de eso se trata: no de encontrar siempre a la persona correcta en el momento perfecto, sino de convertirnos en alguien que sabe reconocerlo. Al final, no todos los amores están hechos para quedarse; algunos llegan solo para enseñarte que mereces algo que también te elija. Y cuando finalmente lo entiendes, ya no vuelves a conformarte con menos. En algún lugar, dos personas que alguna vez se quisieron en silencio siguen con sus vidas, no como

una historia inconclusa, sino como un recuerdo que ya no duele, pero que nunca deja de importar.

A veces el amor no llega tarde... sino que se entiende demasiado tarde.

Lara y Mateo crecieron juntos, compartiendo silencios, risas y una conexión que parecía imposible de romper. Pero mientras uno se quedaba, el otro aprendía a volar.

Entre decisiones, silencios y verdades que nadie quiso ver a tiempo, esta historia nos recuerda que no todos los amores están hechos para quedarse... pero sí para enseñarnos.

Donde siempre estuviste
es un relato sobre crecer, perder y entender que el amor también implica saber cuándo dejar de esperar.